

OLIVEIRA MARTINS (1845-1894) Y SU HISTORIA DA CIVILICAO IBERICA

Reflexiones en torno al iberismo*

JULIO FERNANDEZ NIEVA

A MODO DE JUSTIFICACION INNECESARIA

Esta Revista, fiel a su título, se presentaba a sus lectores como “campo sin vallas”, que vale tanto como decir, no circunscripta, ni espacial ni temáticamente, a los confines de ningún Estado, sin estacadas autodefensivas, ni a la parte opuesta y, mucho menos, en contra de nada ni de nadie, antes, al contrario, con evidente vocación de diálogo.

Ocurre, por otra parte, que Badajoz, en cuya ciudad sale a la luz nuestra publicación, fue en otro tiempo centro de la Extremadura (portuguesa y española), región natural dividida por una frontera política en sucesivos momentos de la historia, situación que se prolonga hasta nuestros días. Esta fatal contradicción suscita y provoca en mi espíritu una especial sensibilidad y atención a la amplia problemática de nuestros pueblos (1), algunos de evidente incidencia en los distritos o provincias limítrofes de la “raya”, y por ende a los hombres y obras que hayan podido suponer o puedan suponer, aún hoy, un aporte válido en orden a la recuperación deseable de nuestro pasado común y el subsiguiente establecimiento o restablecimiento de nuevas o viejas, en todo caso mejores relaciones. Tal es el caso de Oliveira Martins con toda su polifacética personalidad y su prolífica pro-

* El presente trabajo se basa, con ligeras modificaciones y la necesaria puesta al día, en la *Comunicación* presentada en el XXXIII Congreso luso español para el progreso de las ciencias. Sección 5: *Aportación del suroeste de la Península al desarrollo de la cultura moderna*. Badajoz.

ducción, aunque no nos ocupemos aquí más que de la obra que encabeza este trabajo. Somos muchos los que como ha confesado recientemente el hispanista londinense Charles David Ley, (El País, 28-VIII-1983) nunca hemos comprendido la falta de relación cultural ni de ningún otro género entre España y Portugal.

A los investigadores, finalmente, de las ciencias, las artes o las letras nos incumbe un papel de pioneros o animadores en la búsqueda, iniciación o impulso de nuevos caminos de aproximación, entendimiento y colaboración, tan necesarios.

ASUMIR LA HISTORIA PARA QUE ESTA NO SE REPITA

En términos generales y al cabo de los años sigue siendo cierto lo que el mismo día en que, allá por 1891, llegaba precisamente Oliveira Martins a Madrid para participar en un ciclo de Conferencias organizadas por el Ateneo de la capital, preparatorias del IV Centenario del descubrimiento de América, escribió la Condesa de Pardo Bazán: desgraciadamente prestamos aquí, en España, muy escasa atención a lo que dicen los portugueses, ni leemos lo que se publica en Portugal (2). Si miramos al exterior, a Europa, fijamos nuestra atención casi instintivamente en París, Londres, Roma o en la capital germana de nuestras preferencias, pocas veces miramos a Lisboa, Porto, Coimbra, Evora...

El fenómeno es reflejo de una larga historia, que reseñamos a grandes trazos. Con la creación del Condado de Portugal, a finales de siglo XI, en 1097, a lo largo del siglo XII se va a consumir su separación del reino de León; constituido reino independiente bajo la dinastía de Borgoña, obsérvase lo temprano de su configuración como Estado nacional autónomo y la correspondiente conciencia de tal, Portugal logra su plena organización política y económica a lo largo de los siglos XIII y XIV, en el contexto de un difícil equilibrio peninsular, con las conabidas invasiones recíprocas y guerras fronterizas. Desde la elección del Maestre de Avis en 1384 y la aclamación al año siguiente, por las Cortes de Coimbra, de D. Juan I como Rey, no solo comienza una nueva dinastía, sino que Portugal inicia una nueva etapa de su historia, que se prolongará hasta 1580, en la que se fragua uno de los primeros Estados centralizados de Europa, con una implantación feudal débil y un considerable florecimiento burgués, circunstancias que facilitaron el logro de una *Renascença* con base en sus descubrimientos y conquistas ultramarinas en África, Asia y América, con el reconocimiento y generalmente amistosa colaboración de España en este tiempo (3). Baste señalar, a modo de ejemplo, los doce enlaces matrimoniales entre las casas reinantes en Portugal (*Avis*) y el resto de España (*Trastámaras* de Castilla y de Aragón y posteriormente *Austrias* de ambas Coronas unidas). (4).

La hegemonía castellana aprovecharía la legitimidad dinástica que asistía a

Felipe II y la fuerza para imponer un período de dominio español, que se extendería los años que van de 1580 a 1640; unión, afirmara Oliveira Martins tan frágil y efímera como estéril (5).

Y tenemos que reconocerlo así; ni el cariño de Felipe II, rayano a una presumible lusofilia, ni la puntualidad con que cumplió sus compromisos, le absuelven de la mayor afrenta que puede hacerse a un pueblo: la privación de su soberanía nacional, emplazándole en el inviable ideal austracista, con los costes subsiguientes de la empresa. Tanto más cuanto se trataba de un pueblo que esforzadamente había conseguido una vigorosa personalidad propia, un pueblo leonínamente individualista y orgullosamente autonomista (6). Por estas razones los portugueses imputan a la errada y por lo mismo fracasada política unitaria de Felipe II el mayor obstáculo a una posible y deseable cordialidad peninsular (7) y Portugal se rebeló en la fecha crítica y crucial de 1640, para independizarse de nuevo (8).

Y si en último término, como consecuencia de la rebelión de 1640, en el otro extremo nororiental de la Península, los catalanes, desencantados de su frustrado intento, se hacen conscientes de España como comunidad política, degradada por lo demás por las locuras de sus gobernantes, los Habsburgo, así como de España como comunidad económica (9). Entre portugueses y españoles no solo se fragua una separación política y económica, sino lo que es más grave, se zanjó una especie de divorcio moral (10), que ha ido distanciando a ambos pueblos, incluso psicológica y culturalmente, de tal modo que la arrogancia y el chanvinismo de una parte y el recelo de la otra ha suplantado al respeto y aprecio del uno al otro, la falta de trato y el desconocimiento mutuo al conocimiento recíprocamente enriquecedor, interponiéndose una selva de prejuicios por ambas partes.

Rota casi toda colaboración en todos los campos, no es extraño que en el histórico, tanto a nivel de enseñanza como de investigación, ha ocurrido lo que ya a finales del siglo pasado señalará Sánchez Moguel: que la historia que enseñamos o escribimos acá y allá no es la historia entera de la Península, sino la puramente portuguesa en Portugal, y solamente española en España (11).

EXPECTATIVAS DE CAMBIO CONVEGENTES

El mar y las fronteras aislan a Portugal del mundo; perdidos los apoyos tradicionales, necesarios por su poco menos que obligada tendencia centrifuga, —papado, mar y alianza inglesa— la nación hermana reencuentra sus límites originales y como consecuencia de ello es lógico y de esperar un giro centripeta peninsular (12).

Por otra parte con el transcurso del tiempo van quedando en el olvido los recuerdos de sucesivas guerras fronterizas, igual que quedan atrás los movimientos

iberistas decimonónicos, con su rica y variada herencia de los diversos proyectos de unión peninsular, de más largo alcance que el ámbito meramente teórico-retórico, por cuanto fueron genuino exponente del sentir de determinadas élites, en su doble formulación de *Unión Ibérica*, a realizar bajo la fórmula monárquica, de cariz fusionista, con evidente peligro de una absorción alienante de un Estado por otro, y de *Federación Ibérica*, de base eminentemente republicana, más democrática y generosa, descartada, incluso de la parte de acá, por sus connotaciones cantonalistas (13).

Inviabile la unión ibérica, “estulta fórmula” y “perfidio fantasma” y los hipotéticos lazos federalizantes, calificados de “embuste” y el simple “iberismo” como confabulación de carácter masónico, dos años antes del golpe militar del 28 de mayo de 1926, desde su *Quinta do Bispo*, en la vecina Elvas, Antonio Sardinha abogaría por la fórmula, consciente y erguida, de una *Alianza peninsular* (14).

Superados los largos paréntesis de las dictaduras, franquismo y salazarismo respectivamente, cuyos regímenes a pesar de las afinidades ideológicas y convergencias tácticas, además de su proximidad y simultaneidad, que cristalizaron en el denominado *Pacto Ibérico*, esconden tantas otras diferencias (15), nos encontramos hoy en una situación política nueva, tanto en España como en Portugal, que favorecen indudablemente una nueva y distinta aproximación y un diálogo abierto (16). La situación concreta que se deriva de la “revolución de los claveles” en Portugal y de la transición pacífica hacia una democracia parlamentaria en España. En el caso español y entre los objetivos de la reforma habría que destacar la delicada y crucial tarea de reordenación político-administrativa del Estado unitario y centralista en una nueva dirección autonómico-regionalista, a punto de culminar y que posibilitará un mejor entendimiento y cooperación, tanto a nivel de Estados peninsulares, ambos además empeñados en su integración europea, como particularmente de las regiones y distritos fronterizos, aspecto este del máximo interés, como ya he señalado para Extremadura.

Lo cierto es que, poco a poco, y partiendo de un realismo siempre problemático y complejo y del nuevo clima de amistad recíproca, desde el respeto a las peculiaridades, diferencias e independencias mutuas es preciso entablar un diálogo global bilateral entre políticos, economistas y hombres de empresa, entre los cultivadores y responsables del vasto mundo de la cultura, entre nuestros pueblos, en última y en primera instancia (17). De este diálogo, renacerá de nuevo, así lo creemos también nosotros, la conciencia sentida y exigente de la “civilización ibérica”, a la que Oliveira Martins dedicó una de sus obras más significativas (18).

Las iniciativas de todo tipo, se van haciendo notar. Recién estrenada la situación presente, la *Liga Ibérica Portuguesa*, con sede en Lisboa, en su *Manifiesto* de 1976, aún manteniendo como dogma sagrado su independencia nacionalis-

ta, hacía votos por una auténtica armonía peninsular, particularmente en el ámbito económico (19). *Semanas y Encuentros* ibéricos de diversas indole, musicales, de lengua y literatura, de poesía, de cultura popular han tenido lugar en Badajoz, Vigo, Porto, etc. Un acontecimiento insólito hace tan solo una década lo constituye el hecho de que RTVE. haya dedicado un programa a debatir las relaciones entre España y Portugal, con la participación de un cualificado grupo de políticos, historiadores y economistas de ambos países, más un hispanista francés y un periodista lisboeta (20).

En el seno mismo de la realiad ibérica a que me vengo refiriendo han transcurrido ya más de dos lustros desde que fue denunciada la existencia de zonas del interior subdesarrolladas a lo largo de toda la frontera, la *Lusitania interior*, autentica bolsa de pobreza, inserta además en un proceso de desertización creciente (21). Sin que se hayan dado aún los pasos que serian de desear en el ámbito de la cooperación científica y universitaria e incluso en el de la enseñanza desde los niveles más bajos, a la vez que se afrontan candentes problemas de la actualidad, hay una coincidencia de criterios en el sentido de que una primera colaboración debería encauzarse hacia la búsqueda de soluciones comunes a los comunes problemas de toda la "raya". En este orden de cosas comienzan a tomarse en consideración el estudio de posibles planes integrados de desarrollo. Badajoz fue marco, por citar un caso concreto, el 7 de diciembre pasado de una reunión, cuarta de la serie, de las Jornadas Hispano-Lusas de Cooperación para la información mútua y el estudio de posibles acciones conjuntas en las comarcas de acción especial de la provincia extremeña y Portugal (22).

Incluso en el campo de nuestra especialización, el historiográfico, no por restringido menos significativo, comienzan a apuntarse tendencias superadoras de las limitaciones ya apuntadas por Sánchez Moguel y por supuesto de la óptica "castellanista", tal al uso hasta nuestros días, bien por exigencias metodológicas, bien en evitación de malentendidos o por simple convicción de la existencia de múltiples civilizaciones en el pasado común y el paralelismo fundamental de nuestra civilización ibérica (23).

ACTUALIDAD Y VIGENCIA DE LA "HISTORIA DE CIVILIZAÇÃO IBERICA"

Por lo hasta aquí expuesto, me parece de la máxima actualidad y vigencia todo lo que pueda contribuir a recordarnos los motivos básicos y fundamentales en que asentar, desde la actual conyuntura, una verdadera alianza peninsular, como son nuestra identidad de origen, étnica, y geográfica, nuestra comunidad de genio y de historia, por cuanto tanto españoles como portugueses hemos sufrido con más frecuencia de la deseada una especie de amnesia de nuestro pasado común y hemos poco menos que renunciado a nuestro acervo cultural también en

gran parte común, desde el punto y hora del levantamiento de una frontera política en el rectángulo del sudoeste de la península (24).

Esto es cabalmente lo que hace O.M. en su *Historia da Civização Ibérica* y es particularmente oportuno recordarlo por encontrarnos en un Congreso Luso-Español, que se celebra en una región condicionada y hasta definida por su condición *frontería*. La Historia de la Civilización Ibérica de Oliveira Martins no es otra cosa que la expresión en síntesis histórica del concepto de civilización peninsular, matiz característico del latinismo correspondiente a nuestra unidad geomorfológica (25). Finalmente el carácter centenario de la efemérides bibliográfica, que está pasando desapercibido en ambas naciones, justifica sobradamente este recordatorio (26).

EL HOMBRE Y SU CONCEPCION DE LA HISTORIA

Antes de pasar adelante hagamos una breve pero obligada reseña biográfica e historiológica.

Joaquim Pedro de Oliveira Martins, Lisboa, 1845-1894, fue a pesar de su corta vida, una de las figuras más relevantes de la generación del 70 en Portugal (27).

Claramente influenciado por el romanticismo histórico, de Alexandre Herculano, su maestro, oscilará en su juventud entre las teorías comtianas y el jacobinismo de Teófilo Braga y la tendencia socialista proudhoniana de Antero de Quental, para militar posteriormente en el partido progresista portugués y acabar apoyando la alternativa monárquica (28).

Junto a los autores antes citados y otros como J. M. Eça de Queiroz, R. Ortí-gao y Guerra Junqueiro, brilla con luz propia O.M., quien en contacto con la situación portuguesa y española, se mostró como un agudo crítico de la realidad política de ambos países, llegando a propugnar un regeneracionismo a veces radical. En la personalidad de O.M. se complementaban inseparablemente el historiador político.

Polifacético y polígrafo eminente, circunscribo esta Comunicación al campo historiográfico y dentro de este y de la trintena larga de obras-febriil producción de una vida breve- con que lo fecundó nos limitamos exclusivamente a su *Historia Civização Ibérica*, sin dejar de reconcer que es toda su obra en conjunto la que merece una revalorización.

A la hora de describir la concepción de la historia de O.M., debe tenerse en cuenta en primer lugar su propia constitución intelectual, eminentemente artística. De él se ha dicho que es un meridional, constructor sugestivo de síntesis y generalidades, deductivo e imaginativo, poderoso intuicionista de la historia, dotado de una notable penetración psicológica, de un psicologismo his-

tórico (29). Su tendencia a la interpretación le lleva a adular con frecuencia los hechos atribuyéndoles un significado relevante que a veces no tienen, fruto más bien de las presunciones fantasiadas de su espíritu. Desde esta perspectiva, su obra viene a ser la historia vista a través de un pensamiento (30).

En segundo lugar hay que destacar la influencia germánica, tanto historiográfica como política en O.M.; siguiendo el ejemplo germano, considerará a la historiografía como una escuela de educación política y una ejemplificación de la influencia orientadora del poder; de aquí que un íntimo criterio político y económico guiara siempre su interpretación histórica (31).

Finalmente hay que tener en cuenta que la concepción de O.M. se engloba en un ambicioso plan-programa con base en una determinada comprensión de la historia. Pero, ¿cómo la concebía en concreto?

La Historia para O.M. viene a ser un estudio del dinamismo individualizado de las sociedades humanas que se forman con dos elementos primordiales: la capacidad constitucional de la raza y la propiedad del lugar escogido para su asentamiento. Salvador de Madariaga finaliza su ensayo *Ingleses, franceses, españoles*, afirmando la realidad de los caracteres nacionales, frente a quienes aseveran que tales caracteres nacionales son un mito (32). Las sociedades tienen un desenvolvimiento propio y un carácter específico que es la *conciencia*, pero sin perder los instintos animales, sobre todo los de propagación y apropiación que al producirse ocasionan choques, luchas, dinamismo histórico (33).

¿Es posible formular las leyes orgánicas de la evolución de las sociedades? ¿Existe una nomología? El autor en la *Historia de Civização Ibérica* se sitúa a mitad de camino entre *Hellenismo e a Civização Christa* (34) y las *Taboas de Chronologia e Geographia Histórica* (25), en tanto en cuanto admite que el estudio de las edades pasadas permite columbrar muchas veces las probabilidades futuras y el recuerdo de la historia ayuda a captar la naturaleza de las cosas (36).

En su concepción de la historia, por otra parte, las naciones solo alcanzan una superior unificación de propósitos y la posibilidad de cumplir una gran aspiración colectiva, un ideal nacional, cuando logran crear el tipo de organización interna que les convenga (37).

Como denominador común, se da siempre un fuerte poder central; además la sociedad romana fue la más concorde entre temperamento y organización interna; de aquí la alta misión civilizadora, cuya historia la convierte en el modelo ejemplar de todas las historias nacionales (38).

No debemos concluir este apartado sin advertir que O.M. concibe la historia como un todo en el que se funden las diferencias ciencias sociales: geografía, etnología, antropología, mitos religiosos, lingüística, economía y con una cierta idea "organiscista" en cuanto concibe a la sociedad, sujeto de una civilización,

como un organismo; aplicado esto a la Civilización Ibérica, quiere decir que esta, como el resto de civilizaciones, ha seguido un proceso cíclico análogo al de los seres vivos, de génesis, crecimiento, madurez, vejez y muerte (39).

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION IBERICA

Por lo dicho anteriormente a nadie extrañará nuestra afirmación de que la Historia de la Civilización Ibérica no es un libro de historia en sentido estricto, sino más bien un ensayo filosófico, interpretativo de la historia de los pueblos peninsulares, considerados en su paralelismo y en su travazón dinámica. Aún autores de mucha nota en nuestros días afirman que la historia de cualquier civilización es siempre un intento de interpretación, un campo excepcional de reflexión (40).

Lo primero que cabría preguntarse es si existe una civilización ibérica. Sin duda; cada una de las grandes civilizaciones está integrada por unidades culturales más pequeñas con rasgos propios, con características diferenciadoras (41). Doctrinalmente pueden pluralizarse las civilizaciones, produciéndose consecuentemente una multiplicación de las civilizaciones, llamémoslas, “de lugar”.

Por lo que se refiere a Iberia, a pesar de las divergencias y diversidades que en su configuración interior presenta y sin dejar de reconocerlas, no es menos cierto que la totalidad de la Península constituye una unidad geográfica bien definida, incluso hay geógrafos que consideran que la Península Ibérica parece más bien un continente en miniatura que una simple parte integrante del continente europeo (42).

Nuestro autor, a través de una amplia expresión periodizadora afirma y trata de mostrar la unidad básica de carácter de nuestra civilización comprensiva de una pluralidad, hasta el punto de que *peninsular*, *ibérico* y *español* son tres expresiones que tienen en su obra un alcance equivalente, sin por ello negar, antes bien lo considera inamovible, la existencia política de dos naciones en la Península (43).

¿Qué diferencias establece O.M. entre una simple Historia, la de Portugal por ejemplo y la Historia de la Civilización Ibérica?. Redactada esta, en la *Advertencia* de la *Historia de Portugal*, que la siguió nos apercibe el autor del distinto objetivo y metodología seguidos en cada una de ellas: en esta concibe a la sociedad portuguesa como una molécula del organismo peninsular y expone los hechos individuales de sus hombres, así como sus causas y condiciones propias, caracterizando lo particular y en aquella tomando a la sociedad, aunque ser colectivo, pero con un desenvolvimiento en todo análogo al de los seres individuales, como a un individuo, como a un ser orgánico, estudia el sistema de las instituciones e ideas generales, expone la vida colectiva del conjunto social ibéri-

co, tratando de buscar la básica unidad de carácter en el espacio y en el tiempo (44).

Lo mismo y explícitamente afirmará en la Historia de la Civilización:

“No nos atañe referir en este libro la historia independiente de los diferentes Estados de España, porque ello importa poco a la historia de su civilización general. Por encima de los accidentes particulares políticos están las condiciones sociales que son, con algunas pequeñas reservas, generales y comunes a todos los Estados, como lo son también las causas determinantes” (45).

Al final de la obra reiterará el mismo pensamiento:

“No fue nuestro propósito escribir la historia de ambas naciones” (46).

Estructura de la obra

No existe en la obra que comentamos una *Introducción* en la que el autor anticipe o razone la estructura o esquema mental que intenta desarrollar; O. M. entra directamente en materia. La estructura pues del libro hemos de deducirla de su contenido y de alguna que otra nota intercalada, aclaratoria o justificativa de su proceder.

Nuestro autor caracteriza en tres fases capitales la evolución histórica de un pueblo en los siguientes términos:

“La historia de una civilización consiste... en tres grandes etapas; y con ellas, por tanto, ha de cambiar el historiador su campo de observación. En la primera, la agresión de elementos reduce la historia a narración de hechos y a descripción de las condiciones del medio; en la segunda, la organización le obliga a estudiar la concatenación sistemática de las instituciones, de las costumbres de los movimientos de las clases; en la tercera, finalmente, la íntima corriente de la historia sólo se halla en las deducciones de las ideas y en la naturaleza de los sentimientos colectivos. Es evidente, pues, que los procesos han de variar con la índole de las observaciones” (47).

Con pequeñas diferencias de orden o de matiz afirmará más adelante lo mismo con otras palabras:

“...en cierto modo, la evolución de una civilización se divide en tres grandes ciclos: en el primero predominan los fenómenos de orden natural: movimientos de razas, formación de lenguas, de símbolos jurídicos, de mitos religiosos; en el segundo, los fenómenos de orden social: desarrollo de las instituciones, choques y luchas de clases; en el tercero, finalmente, los fenómenos de orden moral, esto es, la definición cons-

ciente de las ideas a que se subordinan todas las formas de actividad intelectual y con que se constituyen las teorías jurídicas y económicas'' (48).

Condiciones del medio y movimientos étnicos: tierra y hombre; la sociedad con sus instituciones y su inherente lucha de clases; como visión y conciencia colectiva, determinantes del pensamiento, del derecho y de la economía. Todo ello visto en épocas y ciclos, no aislados ni independientes, sino interrelacionados, en devenir histórico, en proceso incesante con un cierto fatal determinismo. Estos son los principios conforme a los cuales estructura el autor su construcción mental, que esquemáticamente podríamos sintetizar así:

I.° **Introducción:** factores geográficos, biológicos e históricos de la Civilización Ibérica, pp. 19-56.

II.° **Libros I-III:** Instituciones y clases sociales, en la España antigua y medieval, en la que surgen las naciones peninsulares, con sus elementos naturales y tradicionales, y lo nuevo que es la *monarquía católica*, pp. 58-231.

III.° **Libros IV-V:** fenómenos de orden moral, caracteres de la época imperial, biografías (personas, instituciones y hechos que encarnan la época), decadencia y sus causas, las ruinas hasta el s. XIX. Epílogo: fe en un futuro distinto, pp. 233-355.

Somero análisis de su contenido

En la Introducción geográfico-antropológica O.M. recoge las ideas de su tiempo y trata de armonizar el binomio unidad diversidad, haciendo ver cómo esto favoreció la formación de individualidades, sin que ello obste para la existencia de un pensamiento o genio peninsular, fisonomía moral, común a todos los pueblos de España, que dará como resultado una civilización particular, original (49).

Desde el punto de vista antropológico defiende la teoría de la identidad hispano-beréber. La misma situación geográfica predisponía a España a ser encrucijada de pueblos, a verse sometida a un "sistema de choques étnicos" (50), tanto en los tiempos prehistóricos como ya en los históricos, hecho que nos explica la inextricable confusión de razas.

Con las invasiones cartaginesa y romana comienza la constitución de la sociedad española, en la que se van combinando los caracteres de las poblaciones primitivas con las indoeuropeas, dando como resultado una raza con sus características mentales e institucionales propias. La civilización romana en concreto trajo al regazo de Europa una población oriunda de diversas ramas arias, si bien modificada ya por su fusión con los celtas y dió a España su unidad social, de lengua y de cultura.

El carácter de las instituciones fundamentales de esta sociedad arraigó de tal modo que pudo resistir y salvarse a través de todas las etapas de la disolución, en las épocas visigoda y árabe.

Por su parte la organización de la sociedad cristiana con los elementos naturales y tradicionales dió al conjunto peninsular su unidad moral.

En la primera etapa de la disolución-inmigraciones centro-europeas- la aristocracia de sangre con el carácter hereditario del dominio se inclinó a las ideas antiguas; coexistieron los dos sistemas políticos y los dos regímenes correspondientes de apropiación de la tierra. Fue entonces cuando se agregó al fondo de las ideas clásicas una suma de sentimientos germánicos, peculio de los invasores.

De la invasión sarracena —segunda fase de disolución de la España antigua— no quedó vestigio apreciable, siempre según O.M., ni en las instituciones ni en las ideas de la población; concurrieron para ello la tolerancia, la diversidad de religión y el carácter artificial de la cultura árabe.

La verdadera influencia de la ocupación sarracena consiste en la dirección que tomó a consecuencia de ella la vida nacional de la España moderna. Como nacida en el fragor de los combates, en la desenvoltura de los campamentos, su carácter obedece más a las normas de la naturaleza espontánea que a los dictámenes de las antiguas tradiciones, romanas o germánicas (51).

En la formación de las naciones peninsulares es esencial la espontaneidad. El hecho espontáneo, fruto de la guerra es el fraccionamiento de España, no solo en diversas naciones soberanas, sino también en principados y condados (52).

Los elementos naturales en que se forja el cuerpo de las naciones peninsulares son el municipio, vuelta al romanismo municipal, la nación como congregación de un sistema de dominios aristocráticos y la definición de los principios de un dominio feudal o simplemente feudalismo (53). Entre los elementos tradicionales encontramos al clero, la Iglesia, las monarquías, las Cortes y el derecho romano (54). Finalmente y como último y peculiar ingrediente tenemos la monarquía católica, simbólicamente expresiva de la soberanía de la nación (55).

España aparece por fin, en el concierto de las naciones europeas bajo el sistema de un dualismo político —Castilla y Portugal— “fraterno en la forma, acorde en el pensamiento, unificado en la acción” (56).

“La unidad —afirma O.M. en otro pasaje— de hecho, ha existido en el pensamiento común. A pesar del régimen de un dualismo político, Europa vió siempre en Castilla y Portugal un solo cuerpo animado por el mismo espíritu” (57).

Resalta O.M. la progresiva tendencia hacia la monarquía centralizada con un fuerte organismo político y administrativo, que expresará y orientará el genio

peninsular, independiente hasta las más altas formas de heroísmo y de martirio, y religioso hasta el misticismo.

El Portugal sólidamente centralizado de D. Juan II y D. Manuel I, la España fuertemente centralizada de los RR.CC., Carlos V y Felipe II, es precisamente en estas condiciones en las que las dos nacionalidades ibéricas realizan su gran empresa, cumplen su misión histórica de los descubrimientos, las colonizaciones y la defensa y propaganda del catolicismo.

A partir de aquí O.M. establece una serie larga de paralelismo entre personajes, situaciones y proceso de ambas naciones (58) y va a hacer gala de una psicología histórica, a construir síntesis y dibujar perfiles que van desde su estudio e interpretación del misticismo peninsular, predominantemente moral, pasando por Ignacio de Loyola y Carlos V, verdadero César europeo del iberismo, Colón, Camoens etc. Refutará con argumentos que no ocultan desdén por la doctrina, la concepción de Buckle, que atribuía al miedo toda la religiosidad peninsular y todo el carácter de la civilización ibérica. El sentimiento religioso peninsular tiene tres fases o manifestaciones: la guerrera, la mística y la que personifica Camoens, al conciliar la verdad absoluta del catolicismo con la hombría nacional.

Particular interés reviste su análisis de la decadencia de los pueblos peninsulares y sus causas, que enumera en este orden: la fatiga de las conquistas y la construcción del Imperio, la intolerancia religiosa, los excesos de purificación de la fe, la Compañía de Jesús, la Inquisición y la expulsión de los judíos, sin que por ello me parezca justo reducir su polifacética personalidad a la mera condición de "teórico de la decadencia tentado por un regeneracionismo por la autoridad a la prusiana, desde el vértice a la base..." (59).

Los siglos XVII y XVIII serán de ruina, de lenta agonía, sin elevación, sin individualidades históricas, para lanzar su voz de alerta cara al futuro en aquel tercio de su siglo: tenemos que reconstruir nuestro cuerpo social maltrecho, hay que crear en el alma colectiva una nueva conciencia; hay que desarrollar el saber, el orden y la industria; hemos de ser tan sabios y tan ricos como los que más de Europa (60), para concluir con un epílogo de fe en el futuro (61).

A modo de conclusión.

Llegamos al final. La obra de O.M. es, como ya hemos apuntado, la historia de la civilización ibérica vista a través de un pensamiento (62). Si es cierto que utiliza materiales de segunda mano, que carece de una crítica científica, razón por la cual no la ha tenido suficientemente en cuenta la historia archivística, paleográfica, analítica y documental (63), no es menos cierto que a pesar de todo constituye, siguen constituyendo "una exposición histórica de mucho interés" (64).

Y lo que nadie puede poner en tela de juicio es que es un libro escrito con amor a España (65), y que sigue teniendo actualidad y validez el que alguien, en esta también invertebrada Península, recuerde la unidad básica de España y Portugal, la que se desprende de su condición de sujetos activos de una misma civilización, la ibérica, imbuida de un espíritu unitario y a la vez entretejida de múltiples civilizaciones.

Posdata

Desde mis primeros contactos con la obra de Oliveira Martins, allá por el año 1978, hasta hoy, mediados de 1983, las relaciones bilaterales Portugal-España no han mejorado sustancialmente, pero yo anotaré una serie de hechos recientes sintomáticos que preludian indudablemente un futuro mejor:

Los economistas, por boca de José-Luis Peinado, Director General de la Caja de Ahorros de Plasencia, abogan abiertamente por un relanzamiento de las relaciones comerciales hispano-portuguesas.

—En el ámbito eclesial, obispos de ambos lados de la frontera se reúnen en Évora para preparar en comisión el simposio continental sobre comunicaciones sociales.

—Encuentro luso-español en Evora sobre problemas fronterizos con asistencia de muchos alcaldes de ambas provincias extremeñas y de autoridades del Alentejo. Igualmente coloquio mixto en Huelva sobre administraciones públicas en Portugal. Y es que, si es cierto y plausible el que la Xunta de Galicia prepara planes conjuntos de desarrollo con la región norte de Portugal, Castilla-León, Extremadura y Andalucía deben hacer otro tanto con las respectivas regiones portuguesas limítrofes.

—En el plano docente y cultural es significativo el que las autoridades municipales de Olivenza, sin poner en duda la españolidad de la ciudad, aboguen por la enseñanza del portugués en los colegios públicos como asignatura optativa a partir del próximo curso; claro que no faltó quien tachó la iniciativa de “portuguesismo trasnochado”. En el mismo orden de cosas, son de destacar los balbucientes intercambios a nivel de enseñanzas medias entre Elvas y Badajoz. Alguien apuntó, sin que se haya llevado a efecto, que yo sepa, la conveniencia de la presencia portuguesa en la Feria del Libro en la capital badajocense y se lamentó la ausencia de poetas extremeños en el encuentro de Figueira da Foz entre líricos peninsulares.

—Finalmente poblaciones extremeñas fueron escenario de las I Jornadas itinerantes de estudio hispano-lusas sobre minusválidos y familia.

Lo cierto es que somos muchos los que con conocimiento reflejo, o sin él, de la obra de Oliveira Martins, tenemos conciencia, como manifestaba el catalán

Pere Gimferrer, de nuestra pertenencia a una cultura más amplia que la cultura catalana, castellana, gallega o portuguesa, “la cultura surgida de la península”, y los que, como el lisboeta J. G. González Branco, primer diputado “verde” del parlamento portugués e hijo de españoles, nos sentimos “ibéricos”. Por todo ello, y si bien es cierto que de momento conviene que resolvamos nuestra problemas comunes, la formación de una suerte de Federación Ibérica “es un largo camino, pero no imposible”, como ha señalado muy recientemente el presidente portugués Ramalho Eanes; como señaló hace ya más de un siglo Joaquim Pedro de Oliveira Martins.

NOTAS

- (1) Me he ocupado reiteradamente de diversos aspectos a nivel periodístico y de divulgación: *Extremadura y Portugal ante la década de los 80: nueva encrucijada*, en HOY. Diario regional de Extremadura. Badajoz, 8 enero, 1980; *Notas sobre el iberismo de ayer y de hoy*, en ALMINAR, n.º 13, marzo 1980, pp. 20-23; *Puentes entre España y Portugal*, en HOY. 20 enero, 1982 y *Portugal-España La frontera de subdesarrollo*, en HOY, 29 noviembre, 1983, p. 3.
- (2) PARDO BAZAN, Condesa de, *Nuevo Teatro Crítico*. Año 1, n.º 3, pp. 83-84.
- (3) OLIVEIRA MARTINS, J. P. de, *Historia de Portugal*. Lisboa, 1972¹⁶, p. 573 y ss.
- (4) SOBREQUES, S., *Historia de España moderna y contemporánea*. Barcelona, 1966, pp. 46-47: *Enlaces matrimoniales entre Avis, Trastamaras y Austrias*.
- (5) OLIVEIRA MARTINS, J. P. de, *Historia de la Civilización Ibérica*. Madrid, 1972, p. 317.
- (6) VILAR, P., *Historia de España*. París, 1975, pp. 34 y 61.
- (7) FIGUEIREDO, F. de, *Oliveira Martins (1845-1894)*, en *Revue Hispanique*. T. XXV (1929), pp. 54-143, p. 126.
- (8) ELLIOTT, J. P., *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia española (1598-1640)*. Madrid, 1977, pp. 452 y 462.
- (9) ID., *op. cit.*, p. 131.
- (10) FIGUEREDO, *art. cit.*, p. 131.
- (11) SANCHEZ MOGUEL, A., *Reparaciones históricas (Estudio peninsulares)*. 1.ª serie. Madrid, 1984, p. VIII. La Ex-Secretaría portuguesa de Estado para la Economía, M. da Silva apuntaba incluso una "doble versión" de las historias respectivas. Cf. infra nota 20.

- (12) FIGUEIREDO, F. de, *Pirene. Introducción a la historia comparada de las literaturas portuguesa y española*. Madrid, 1971, p. 65.
- (13) Sobre el iberismo decimonónico. Cf. MARTIN MARTIN, T., *El movimiento iberista en el siglo XIX, en Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 1981, pp. 649-633 y LOPEZ CORDON, M.ª V., *El pensamiento político internacional del federalismo español (1868-74)*. Planeta. Barcelona, 1975, capt. 4.º y 5.º. Por parte portuguesa, CAMARA, S., *A uniao iberica*. Lisboa, 1859 y MAGALHAES LIMA, S., *La Federación Iberica*. París-Lisboa, 1895.
- (14) SARDINHA, A., *La Alianza Peninsular*. Madrid, 1930, pp. 36, 51 y 65.
- (15) PORTELA, A., *Franquismo y salazarismo/1 Tan amigos como eramos*, en EL PAIS, Madrid, 20 julio, 1982.
- (16) MARTINS, A., *Os poetas portuguesas perante a poesia espanhola contemporânea*, en *O Comercio do Porto*. Suplemento Quinzenal *Cultura e Arte*, 13 octubre, 1981, p. 21.
- (17) Al tema del intercambio cultural luso-español se refería ese pionero en el tema que es GARCIA GUTIERREZ, J., en HOY, 3 mayo, 1978.
- (18) SEABRA, J. A.-MAGALHAES, J. de, *Posição, contraposição*, en *O Comercio do Porto*, cit., p. 44.
- (19) LIGA IBERICA PORTUGUESA, *Manifesto ao pais*. Lisboa, 1976.
- (20) RTVE. *La clave*. Programa, 250 del 26 noviembre, 1982. Comente dicho acontecimiento y su contenido en el art. cit., Portugal y España...
- (21) PINTADO, A.-BARRENECHEA, E., *La Raya de Portugal. La frontera del subdesarrollo*. Edicusa. Madrid, 1972.
- (22) Del hecho daban noticia, HOY, 8 diciembre, 1982, p. 9 y NUEVO GUADIANA. Revista de la Provincia. Badajoz, diciembre 1982, p. 4.
- (23) A modo de ejemplo pueden citarse a autores tales como Soldevilla, Suarez Fernández, Barbero y Vigil, Hillgarth etc.
- (24) FIGUEIREDO, *OP. CIT.*, P. 65.
- (25) ID., art. cit., p. 54.
- (26) OLIVEIRA MARTINS, J. P. de *Historia de Civização Iberica*. Lisboa, 1879. A la antigua traducción de Luciano Taxonera siguió la de J. Albiñaña Mompó en 1926, recientemente reeditada por Seminarios y Ediciones con el título *Historia de la Civilización Ibérica*. Madrid, 1972. Prólogo de J. A. Maravall.
- (27) MACHADO PIRES, A., *O século XIX em Portugal. Cronologia e Quadro de gerações*. Lisboa, 1975, p. 217. Engloba la generación del 65, la de Coimbra y la del 71.
- (28) BOLETIN FUNDAÇÃO CALOUSTE GULBENKIAN. Serie V, n.º 2 (1979), p. 21.
- (29) FIGUEIREDO, art. cit., pp. 74-75, 58, 59, 80 y 88.
- (30) ID., *Ibid.*, pp. 81-82.
- (31) ID., *Ibid.*, pp. 65 y 77.
- (32) MADARIAGA, S. de, *Ingleses, franceses, españoles*. Buenos Aires, 1962, p. 313 y ss. CARO BAROJA, J., *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid, 1970, p. 71 y ss.
- (33) FIGUEIREDO, art. cit., pp. 89-90.
- (34) OLIVEIRA MARTINS, J. P. de, *Hellenismo e a Civilização Christã*. Lisboa, 1874. *Introdução*, p. XI: afirma la historia como ciencia.
- (35) ID., *Taboas de Chronologia e Geographia histórica*. Lisboa, 1884, p. 11: niega el concepto de historia como ciencia.
- (36) ID., *Historia de la Civilización...*, pp. 354-355.

- (37) ID., *Taboas...*, p. XXX: "O poder e a grandeza das nações dependem, pois, de encontrarem una forma de organização adequada ao seu temperamento e originalmente apropiada ao seu tempo".
- (38) FIGUEIREDO, *art. ci.*, pp. 93-94.
- (39) OLIVEIRA MARTINS, *Historia de la Civilización...*, pp. 55 y 236.
- (40) BRAUDEL, F., *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, 1970, p. 133.
- (41) ID., *Ibid.*, p. 137.
- (42) NEWBIGIN, M. T., *Europa del Sur. Geografía económica y regional de los países del Mediterráneo*. Barcelona, 1952, p. 293.
- (43) OLIVEIRA MARTINS, J. P. de, *Historia de Portugal...*, p. 9: "duas nações espanholas, duas, porque a historia assim constituiu politicamente a Península". ID., *Historia de la Civilización...*, p. 174.
- (43) ID., *Historia de Portugal...*, *Advertencia*, pp. 9-10.
- (45) ID., *Historia de la Civilización...*, pp. 164-165.
- (46) ID., *Ibid.*, p. 321.
- (47) ID., *Ibid.*, p. 236.
- (48) ID., *Ibid.*, p. 292.
- (49) ID., *Ibid.*, p. 87.
- (50) ID., *Ibid.*, pp. 48 y 31.
- (51) ID., *Ibid.*, pp. 159-160.
- (52) ID., *Ibid.*, p. 164.
- (53) ID., *ibid.*, p. 187.
- (54) ID., *Ibid.*, pp. 204-216.
- (55) ID., *Ibid.*, p. 223.
- (56) ID., *Ibid.*, p. 218.
- (57) ID., *Ibid.*, p. 317.
- (58) ID., *Ibid.*, pp. 221, 231, 239, 242, 285, 293, 321, 329, 330, 345, 347 y 348.
- (59) PORTELA, A., *art. cit.*,
- (60) ID. *Ibid.*, p. 352.
- (61) ID., *Ibid.*, p. 354.
- (62) FIGUEIREDO, *ART. CIT.*, P. 82.
- (63) ID. *Ibid.*, p. 59.
- (64) MARAVALL, J. A. Prólogo de *Historia de la Civilización...*, p. 13.
- (65) OLIVEIRA MARTINS, *Historia de la Civilización...*, p. 355.